

Concepto Marxista y Concepto Cristiano del Conflicto de Clases

Pierre Bigo, S.J.

Profesor de Sociología en el Instituto Pastoral del CELAM

El cristiano no ignora el hecho del conflicto de clases. Nuestra sociedad está dividida en clases sociales, cuyos intereses son muchas veces opuestos. No ignora tampoco que la propiedad privada sea un factor determinante en este conflicto.

Sin embargo, su interpretación de este hecho es muy distinta y, por tanto, su actitud en este conflicto también. En efecto, la cosmovisión marxista y la fe cristiana son opuestas en aspectos esenciales y esto no deja de repercutir hondamente sobre los juicios y sobre las conductas.

Quisiéramos tratar de detectar esta frontera en la forma más precisa posible. Pues el tema de la lucha de clases está en el centro de muchos debates, y no hay tema en que se manifiestan más confusiones. Ahora bien, en el diálogo, tanto los marxistas como los mismos cristianos, tienen derecho de conocer con toda claridad sus coincidencias y sus divergencias.

I. La lucha de clases en la cosmovisión marxista

El marxismo constituye un conjunto coherente: sería hacerle injuria no reconocer esta lógica interna. No puede aislarse una parte dentro del todo, mucho menos cuando se trata de un elemento tan importante como la teoría de la lucha de clases.

La *cosmovisión* marxista se define por el materialismo dialéctico. Una vez más ¹, recordemos los momentos cruciales de este método que sirve de “hilo conductor” en la interpretación de la totalidad de la existencia y de la historia.

La vida social encuentra su única explicación última en la forma como los hombres producen socialmente su vida, es decir transforman la naturaleza para adaptarla a sus necesidades, y, por tanto, en la forma como entran en relación unos con otros en esta producción. A cierto grado de desarrollo de las “Fuerzas materiales de producción” corresponde una cooperación de un número más grande de trabajadores en la creación del mismo producto: cuatro o cinco hombres bastan para

¹En nuestro libro, *Iglesia y Tercer Mundo* (Sígueme, Salamanca, 1976) estudiamos detenidamente el famoso texto del Prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, 1859) unánimemente considerado como expresión del materialismo dialéctico. A continuación, usamos entre comillas las mismas expresiones de Marx en este texto.

producir un artículo de lana en la sociedad primitiva, millones y millones de hombres colaboran en la producción del artículo en la sociedad industrial.

Este cambio cuantitativo provoca un choque entre la propiedad privada, que constituía el marco conveniente para una producción de tipo patriarcal, y la forma moderna de producir que supone la cooperación de una multitud de hombres en la nación e incluso en el planeta. Si bien el desarrollo industrial puede iniciarse dentro del antiguo marco (esta combinación de crecimiento técnico y de propiedad privada, Marx la llama “capitalismo”), implica una contradicción: sólo podrá llevarse a cabo dentro de un nuevo marco, la propiedad colectiva, que acabará con los fenómenos anárquicos (crisis económicas) y con la explotación del hombre por el hombre (plusvalía) que conlleva inevitablemente la propiedad privada en el nuevo marco.

Todo el resto, en la existencia del hombre, o sea “las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas, filosóficas” son sólo “las formas *ideológicas* dentro de las cuales los hombres toman *conciencia* de este conflicto y lo llevan a cabo”. Es decir, todo este “enorme edificio”, toda esta superestructura, está determinada por lo que acontece a nivel del desarrollo de las fuerzas materiales de producción y de las relaciones que los hombres contraen entre sí a este nivel. “No es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, por el contrario su existencia social determina su conciencia”.

Sin embargo, la conciencia, hasta cierto punto, es una variable independiente: sus actitudes reaccionarias o revolucionarias, no pueden verse “con el rigor de las ciencias exactas”. Aquí está la diferencia entre el materialismo mecanicista (conciencia, simple reflejo que rechazan los marxistas) y el materialismo dialéctico que profesan.

Pero *sólo* aquí está la diferencia: todo en lo jurídico, en lo político, en lo religioso, en lo artístico, en lo filosófico, lleva el sello de la *ideología* en la que se toma *conciencia* de este conflicto: todas sus formas son formas de esta ideología. En otras palabras, la conciencia es sólo conciencia del conflicto, del choque que se produce a nivel de la infraestructura.

Este conflicto, Marx lo analiza en su obra maestra: El Capital. Es una contradicción, característica de la mercancía, es decir de una situación en la que los productores intercambian sus productos en un mercado libre como si fuesen aislados, cuando en efecto constituyen una red solidaria de producción. Sólo una planificación total podrá acabar con las crisis anárquicas que nacen de esta situación.

Esta contradicción se vuelve conflicto entre grupos sociales, o sea lucha de clases, cuando la fuerza de trabajo se propone como mercancía: pues, el comprador de esta mercancía, propietario de los medios de producción, es de por sí un explotador, que quita al trabajador la

plusvalía que, *socialmente*, proviene sólo del trabajo y no del capital².

Entonces, la lucha de clases es la única y gran palanca³ de la revolución, lucha entre la clase de los propietarios de bienes de producción y la clase de los trabajadores asalariados, lucha que debe ir hasta su fin: la abolición de la clase explotadora gracias a la colectivización total de los bienes de producción, siendo asalariados de la colectividad todos los trabajadores en una producción centralmente planificada.

II. La divergencia del cristiano

Toda esta teoría, Marx la propone como “el resultado general” a que llegó en sus largos estudios de la realidad en que vivía. No propone ningún argumento para probarla. Se basa sobre un postulado que se parece como el famoso teorema en la geometría de Euclides: lo único determinante en la historia es el desarrollo “de las fuerzas materiales de producción” y las contradicciones que surgen de este desarrollo cuando las “relaciones de producción” no corresponden al grado de este crecimiento.

El cristiano reconoce la institución fundamental que sustenta esta teoría. A sus ojos, la explotación del hombre por el hombre que significa la relación capital-trabajo en un mercado sin leyes sociales, sin organizaciones sindicales, sin coordinación de la producción a nivel nacional e internacional, es un factor de suma importancia, en la época actual, en la existencia social y en la historia.

Pero el cristiano *primero* se niega a considerar esta explotación como el único factor determinante. Hay otros factores políticos, culturales y religiosos, independientes, que son también determinantes. No acepta por tanto el postulado marxista: el desarrollo de las fuerzas de producción no es la última meta de la humanidad⁴. En este punto, Marx es todavía prisionero de su siglo, ilusionado por el progreso técnico. El hombre hoy día ha aprendido que este desarrollo es limi-

²Como se sabe, Marx no niega la eficiencia física de la inversión, o sea del capital, en el proceso de producción. Niega que esta eficiencia física pueda tener un significado *social* en la repartición.

³Expresión de Marx en su carta de 1879 a tres dirigentes del Partido social-demócrata alemán exiliados en Zürchen (Suiza).

⁴Según Marx, el cambio radical de las “relaciones de producción”, es decir la colectivización, está requerido en cuanto quita el obstáculo para el desarrollo que constituye la propiedad privada. En este sentido, Marx es fundamentalmente “desarrollista”. Hasta tal punto que espera la solución definitiva de los problemas de la humanidad y el advenimiento del comunismo de la sola abundancia, “cuando los manantiales de la riqueza colectiva corran a chorro”, según la famosa expresión de la *Crítica al programa de Gotha*, 1,3 (Marx 1875). Es obvio que los expertos modernos conscientes de la limitación de los recursos humanos y del crecimiento alarmante de la población, no atribuyan ninguna probabilidad a dicha perspectiva.

tado, que lleva la humanidad a un impasse. Por razones de fondo, intuye que este desarrollo no es la última instancia en la interpretación de la existencia. *Segundo*, el cristiano se niega a considerar este fenómeno de la explotación del hombre por el hombre al solo nivel de los hechos: lo enjuicia al nivel de los valores y de los derechos. Por tanto, la denuncia por razones mucho más de fondo, mucho más radicales que el marxista.

En efecto, su protesta no proviene de la constatación de un choque entre formas de propiedad privada que son "trabas" para el desarrollo de las fuerzas materiales de producción" y formas de propiedad colectiva que favorecen este desarrollo. Proviene de la conciencia de un atropello a los derechos humanos, de una iniquidad en la que el proletariado está frustrado de algo que le pertenece. Tratando de abolir esta injusticia, la lucha de clases, para el cristiano, en cuánto es legítima se inspira en la conciencia de un derecho inalienable, por encima de todo contrato y de toda ley positiva ⁵.

1. Divergencia en la determinación de los fines de la lucha

Las consecuencias de esta divergencia son de suma relevancia. Según el materialismo dialéctico, la lucha de clases define sus objetivos a partir de la sola consideración del "choque" entre una producción ya colectiva y de un sistema jurídico todavía individual. En efecto, si aquí está todo el drama de la humanidad moderna, si no tiene otros componentes, la conclusión es obvia: la colectivización total de la producción puede sola acabar con la contradicción.

Por el contrario, si el drama de la humanidad no se reduce a este choque entre la forma colectiva de producir y la forma individual de poseer, por muy importante que sea esta contradicción, entran en juego otros criterios para definir tanto la anarquía del mercado como la explotación del hombre por el hombre.

a. Mercadeo y planificación. Tomando conciencia de todos los criterios en juego, el cristianismo no condena radicalmente, como lo hace Marx, la iniciativa de los individuos y de los grupos en el proceso de producción. Sin duda, ve la necesidad de una coordinación consciente y coherente de estas iniciativas, y esta coordinación incumbe a los poderes públicos. Pero si esta coordinación va hasta una planificación centralizada total, según el modelo marxista, se cae en dos enermes inconvenientes.

⁵En nuestro libro, *Marxismo y Humanismo*, Madrid, ZYX, 1963, hemos tratado de demostrar que una perspectiva ética es la que da todo su dinamismo al pensamiento de Marx. Pero, todas las negaciones de Marx le impiden reconocer ésta perspectiva, la cual, por lo demás, le obligaría a cambiar a fondo la definición de los bienes y de los medios de la revolución.

De una parte, el sistema burócratico que se construye quita a los productores el dinamismo necesario para el mismo desarrollo económico: de hecho, las dificultades sin cesar renacientes en los países socialistas, las “desarmonías” señaladas por los mismos economistas marxistas, obligan a revisar el sistema, concediendo más autonomía a las empresas y dejándoles la disposición parcial de su beneficio, en otras palabras, reconstruyendo un mercado dentro de la planificación ⁶.

De otra parte, y esto es todavía más grave, a partir del momento en que toda la población activa de un país se encuentra en una situación de asalariados del Estado, la organización de la “dictadura del proletariado” es una necesidad: la teoría lo afirma y la práctica lo confirma. Los comunistas italianos y franceses que pretenden hoy en día renunciar a esta dictadura, pueden ser sinceros. Pero no es problema de sinceridad, es problema de coherencia. Toda “contestación” del poder, todo pluralismo político, la menor huelga, es sediciosa en un sistema en que la producción está totalmente en manos del Estado.

Para el cristianismo, la democracia no es un medio provisorio, es una meta definitiva. También la participación responsable de los actores de producción en las decisiones económicas. Introduciendo estos dos criterios, totalmente excluidos por el materialismo dialéctico, los cristianos llegan a conclusiones muy distintas: mercado y planificación no se excluyen, sino que al contrario deben conciliarse, si se quiere a la vez llegar a una organización económica más eficiente y a una organización política que respete las libertades públicas.

En otros términos, el materialismo dialéctico lleva directamente al monolitismo, tanto a nivel económico como a nivel político. La concepción cristiana lleva a una sociedad económica plural, o sea democrática.

b. Beneficio legítimo y ganancia sin causa. Según los postulados del materialismo dialéctico, la relación capital-trabajo en una empresa no estatal es, de por sí misma, explotación. Conclusión lógica dentro de un sistema en el que toda relación económica entre individuos está abolida, en el que toda relación económica se reduce a la relación de los individuos con la colectividad.

A partir del momento en que, por las razones anteriormente dichas, se sale de este monolitismo, ya la relación capital-trabajo se avalúa en otra luz. El beneficio del individuo o del grupo, si proviene del servicio prestado a la sociedad por el ahorro y la inversión, con todos los riesgos que implica ⁷, ya no puede condenarse. Debe abolirse sólo la ganancia sin causa, la que proviene de un beneficio excesivo, cuando el individuo

⁶ Ver, en este punto, nuestras observaciones en *Iglesia y Tercer Mundo*, Sígueme, 1976, p. 170.

⁷ En la encíclica *Quadragesimo Anno* (1931), ya Pío XI define los derechos correlativos del trabajador y del inversionista en el proceso de producción.

o el grupo que invierte sobrevalora el servicio que presta a la empresa, o la que no recompensa ningún servicio, como es el caso de las plus-valías especulativas. Por difícil que sea este discernimiento, es necesario en la perspectiva de una sociedad que busca la pluralidad a nivel económico y político.

La conclusión lógica de este planteamiento es la convivencia necesaria de varios grupos de la sociedad. Si el beneficio del ahorro y de la inversión es legítimo, hay que conciliar en la sociedad los intereses de los trabajadores asalariados, cuyo ingreso proviene sólo del trabajo, con los intereses de los trabajadores cuyo ingreso proviene a la vez de un trabajo y de una inversión.

Ambos grupos, trabajadores asalariados y trabajadores independientes (artesanos, campesinos propietarios, comerciantes, profesionales) cuyo ingreso no es un sueldo sino una diferencia entre un costo y un precio de venta, son componentes necesarios de una sociedad democrática.

Si cada uno de ambos grupos, cuyos intereses a corto plazo son opuestos, reivindican sus derechos sin reconocer los derechos del otro, es decir en forma dictatorial, se destruyen las bases de una sociedad democrática, se quiebra el país.

La autogestión⁸, es decir la constitución libre de empresas comunitarias sin interferencia de un partido, no es posible fuera de esta visión plural de la sociedad, en la que se reconoce la legitimidad del beneficio. Entonces, la frontera entre los partidarios de la autogestión y los partidarios de la empresa estatal, separa dos universos radicalmente distintos.

De esta forma, se perciben en toda su magnitud las divergencias entre el cristianismo y el marxista en la lucha de clases; digamos mejor: las divergencias entre un pensamiento que reconoce el conjunto de todos los derechos humanos (pensamiento que no tiene nada de confesional, cuya única meta es el hombre) y un pensamiento que se inspira del materialismo dialéctico.

Según los primeros, el fin de la lucha de clases no es la abolición de la clase de los trabajadores independientes, es la abolición de la injusticia en la relación del inversionista con el trabajador asalariado, y más ampliamente la abolición de la ganancia sin causa. Lo que implica una definición muy distinta de la clase social.

La clase social que debe suprimirse, en la perspectiva cristiana, es la clase que saca su ganancia de la percepción de un beneficio desproporcionado con el servicio prestado o de una plus-valía sin ningún servicio correspondiente. En otras palabras, lo que debe abolirse es la propiedad

⁸ La autogestión en Yugoslavia está radicalmente condenada tanto por la teoría soviética como por la teoría china. Se desarrolla dentro del marco de la dictadura. La actuación del Partido (Liga comunista) en las empresas parece un elemento determinante de su éxito. En estas condiciones ¿hasta qué punto corresponde al concepto de la autogestión en países como Francia? El interrogante sigue abierto.

en cuanto es fruto y causa de *privilegios*, en el sentido estricto de esta palabra, siendo privilegio toda ganancia sin causa o con causa injusta. Es también la propiedad en cuanto es fruto y causa de un *poder* paralelo en la sociedad, utilizando todos los medios a su alcance (corrupción, intervención directa en la política, medios de comunicación social) para mantener la fuente de sus privilegios.

Si la clase social se define por estos *privilegios* y estos *poderes* ilegítimos, la clase social debe abolirse. *En este sentido*, se puede decir que el cristiano persigue la meta de una sociedad sin clases, es decir de una sociedad en la que una parte de la población no puede enfrentar las necesidades de la vida por medios que no estén al alcance de todos, en la que una parte de la población no quiera participar de la misma condición común en forma solidaria.

Es obvio que tal efecto no puede lograrse sino a través de una lucha, ya que los privilegios y los poderes paralelos resisten el cambio por todos los medios a su alcance.

Si por el contrario, la clase social se define por la naturaleza de su ingreso, salario o beneficio legítimo, la lucha de clases es totalmente contraproducente, porque destruye los fundamentos de la democracia, quiebra un país en dos partes irreconciliables, desemboca en la dictadura por una lógica implacable: casos muy concretos lo prueban. Si la clase social se define así, la convivencia y la reconciliación de las clases son absolutamente necesarias ⁹. El materialismo dialéctico hace imposible esta convivencia y esta reconciliación: mutila un país, por así decirlo.

El cristiano, el hombre que tiene una visión completa de todos los derechos humanos, evita cuidadosamente introducir la lucha entre dos partes vitales de la nación.

2. Divergencia en la determinación de los medios

Si los fines de la lucha son distintos, en ambas cosmovisiones, marxista y cristiana, es lógico que los medios en la lucha sean también distintos.

En el concepto marxista, conforme con el materialismo dialéctico, la lucha de clases define sus criterios y sus normas sólo en función de su *eficiencia* para alcanzar la meta de la colectivización de los bienes de producción ¿No hay ninguna meta, por encima de la eficiencia, que obligue a discernir los medios que pueden o no usarse en la lucha?

La afirmación marxista en este punto es absolutamente clara y definitiva, conforme con la lógica del materialismo dialéctico. La conciencia,

⁹Es el sentido que tienen, a nuestros ojos, los numerosos textos de las encíclicas que hablan de la colaboración necesaria de las clases. No puede tratarse, en estos textos, de una colaboración entre grupos con privilegios y poderes injustos, y grupos explotados.

por ser solo la conciencia del conflicto que se produce en las relaciones de producción, no dicta ni puede dictar en la lucha otro criterio que el de la eficiencia. Pues, en la cosmovisión marxista, no hay otra causa de los males del género humano que la relación entre el capital, propiedad privada y el trabajo asalariado, no hay otra causa de los bienes del género humano que la abolición de esta situación.

Lenin se expresa en términos que no dejan ningún equívoco, en perfecta coherencia con el materialismo dialéctico: "Nuestra moralidad está enteramente subordinada al interés del proletariado y a las exigencias de la lucha de clases" (Lenin, *Tareas de las uniones juveniles*).

En estas condiciones, las divergencias que surgen entre la conducta del marxista y del cristiano en la lucha, son inmensas.

El marxista trata de hacer cada vez más irreversible el conflicto entre las dos partes de la población activa, para llegar a su fin que es la abolición de una parte de las dos partes. Sabe aguantar, sabe "tender la mano", sabe adaptar su lenguaje. Sabe también provocar acciones reivindicativas que mejoren la situación del mundo obrero. Pero estas luchas parciales tienen sólo sentido en función de la lucha final. Su fin es mantener el mundo obrero en estado de lucha hasta su fin último: la colectivización total. El marxista busca sólo las conquistas que no significan ninguna transformación en la relación entre las partes en conflicto, e incluso las que agudizan el conflicto entre ambas partes: aumentos de salarios, incluso contraproducentes en la empresa o en la economía nacional. Toda nueva estructura, que no corresponde al esquema marxista de la empresa colectivizada, está a priori rechazada: a los ojos del marxista, corre el riesgo de llegar a una convivencia estable entre las partes en conflicto. Incluso la empresa comunitaria es una "quimera anárquica"¹⁰. Esto no quiere decir que el Partido comunista, cuando tiene ministros en un gobierno no comunista, no sepa colaborar para mantener cierto orden. Pues tiene interés en permanecer en el gobierno y sabe enfrentar la impopularidad. Sería falso decir que la acción comunista es demagógica. Lo es menos que la acción de otros partidos de izquierda. Pero cuando está en la oposición, hace todo lo posible para que el gobierno del país no pueda llegar a la estabilidad económica y a la convivencia pacífica, porque estos objetivos no favorecen la lucha que debe acabar definitivamente con la estructura plural de la sociedad.

El cristiano tiene, en la lucha, criterios muy distintos. Piensa que la estructura, tanto de la sociedad política como de la sociedad económica, debe ser plural, es decir reconoce los derechos y los intereses legítimos de trabajadores que no tienen la misma situación que los trabajadores manuales asalariados: trabajadores intelectuales o trabajadores independientes. Reconoce también los intereses legítimos de in-

¹⁰Según la expresión de Orlando Millas, ministro comunista en el gobierno de Allende en Chile.

versionistas cuando su beneficio es legítimo. Reconoce el significado de una empresa relativamente autónoma dentro de una coordinación pública de la economía, autonomía relativa que es también condición necesaria de la autogestión. Por esto, persigue la constitución de estructuras nuevas en la relación entre estos diferentes actores que tienen una función legítima en una sociedad plural. La punta de su espada en la lucha no está dirigida contra estos actores, sino contra los *privilegios* y los *poderes paralelos* que se atribuyen, contra toda razón, grupos que no son de ninguna manera actores, sino al contrario parásitos en la sociedad. Su fin es llegar, por estas luchas dentro de una estrategia coherente, no a la sustitución del sistema anterior (sociedad atomizada) por el sistema inverso (sociedad masificada) que es todavía un sistema, sino a la sustitución de una sociedad atomizada por una sociedad estructurada en la cual se reconocen los derechos y los intereses legítimos de varios actores en situación distinta. Los medios que usa no pueden perder de vista esta necesaria conciliación.

Conclusión

Conforme con estas premisas, la expresión "lucha de clases" implica una ambigüedad radical según la usa el marxista o el cristiano. Sería quizás mejor, para evitar esta ambigüedad, hablar de "lucha social", para manifestar que no se trata de suprimir grupos sociales necesarios en una sociedad democrática, sino de abolir privilegios y poderes ilegítimos de grupos que rompen el equilibrio democrático, como lo rompe también la dominación exclusiva del mundo obrero asalariado si no respeta los derechos de los otros actores.

Pero no importan las palabras: importa mucho su definición.

Estas consideraciones no son abstractas. Son tremendamente concretas. Tanto en Chile como en Portugal, por ejemplo, se pudo notar el fracaso inevitable de una estrategia que tiende a romper el equilibrio entre las fuerzas democráticas y los actores sociales. Provoca una reacción mayoritaria de la nación. Si esta reacción no puede expresarse a través de la estructura democrática, es casi inevitable que se recurra a los mismos medios que pretende usar el marxismo minoritario para establecer definitivamente el sistema colectivista: la fuerza.

Si no se quiere ir a estos extremos, hay que conciliar, a toda costa, los intereses divergentes de los grupos sociales necesarios para la democracia.

Al fin y al cabo, la gran diferencia entre el marxista y el cristiano es que, para uno, la defensa de la democracia y los derechos humanos es una táctica (cualquiera sea la sinceridad de las declaraciones contrarias) porque no es coherente con el sistema económico que se pretende instaurar; para el otro, es una convicción que proviene de cierta fe en la

responsabilidad del hombre para construir una sociedad en la cual todos participen de la condición común, de una sociedad sin privilegios económicos y sin poderes paralelos.

Ahora bien, esta instauración no puede esperarse de la buena voluntad de los privilegiados y de los poderosos, ni a nivel nacional, ni a nivel internacional. "No se sacan los dientes del león con caricias", dicen los obreros. Por ende, una lucha es necesaria: el cristiano no teme la palabra. Pero en esta lucha, el cristiano trata siempre de proporcionar los medios a los fines, de tal modo que los medios usados no estén en contradicción con lo fines perseguidos: cierta convivencia social es necesaria.

Aquí está la inmensa diferencia entre el marxista y el cristiano en la lucha, incluso cuando persiguen ambos metas parciales comunes. Aquí está también la dificultad inmensa de la colaboración y del diálogo. No se trata de un anticomunismo absoleto. No se trata tampoco de un "reformismo". Están en tela de juicio, a los ojos del cristiano, valores fundamentales necesarios para la instauración de una sociedad a la vez más justa y más libre, instauración que constituye, sin duda, una novedad mucho más radical que la simple sustitución del capitalismo por el colectivismo.